



**Ángel Samir Gómez Pacheco.**

Egresado de la universidad Nacional de Ucayali, licenciado en educación, en la especialidad de Lengua y Literatura. Publicó los cuentos *Un susto en el campamento* (2013), *El perro del túnel* (2016), *La caminata del lagarto* (2021); el ensayo *Las pruebas relatadas en el Popul Vuh* (2016), en la revista *Jakon Joi*. Fue ponente en el XVI Congreso Internacional de Literatura: *Memoria e Imaginación de América Latina y El Caribe (por los derroteros de la oralidad y la escritura)*, con la ponencia *Interpretación de cuentos tradicionales mediante la "Morfología del Cuento"* de Vladimir Propp.

### Otros títulos publicados

**El collar del curaca** (cuentos)  
Humberto del Águila

**Bubinzana - Tangarana**  
Arturo D. Hernández

**El viborero** (cuentos)  
Róger Rumrill

**El brujo Arimuya** (relatos)  
Welmer Cárdenas

**Cuentos amazónicos**  
Armando Ayarza / Werner Bartra / Jorge Mesía

**Sangama** (novela)  
Arturo D. Hernández

**Selva del alma mía** (cuentos/poesía)  
Lucio Córdova Mezones

**Anécdotas de la Amazonía**  
Reyes S. Saurín

**Vidas mágicas de tunchis y hechiceros**  
Róger Rumrill

**Sirenita mutishca** (relatos)  
José Félix Maquén Gamarra

**La guerra de los chullachaquis** (cuentos)  
Jorge Luis Salazar Saldaña

**Atrapada** (novela)  
Miuler Vásquez

**Yakuruna** (novela)  
Miuler Vásquez

# HUAN

Ángel Samir Gómez Pacheco

Siete historias genuinas, rescatadas de la cotidianidad y de las fauces del misterio, dan vida a *Huan*, un libro de páginas imprescindibles, cargadas de emocionantes aventuras. En cada página, la búsqueda de un estilo propio y peculiar, de una prosa sin miramientos pero profunda, se acrecienta con las bien elaboradas tramas de cada historia. *Gamarra*, *Yanapuma*, *La caminata del lagarto*, *El perro del túnel*, *La pampa*, *Un susto en el campamento* y *El site del horror*, son los títulos de este libro, cada cual acompañado de magníficas ilustraciones.

ISBN: 978-612-5048-05-9



# Gamarra

**A**quella vez, mientras caminaba por una de las calles del Emporio Comercial de Gamarra, me percaté a lo lejos de una joven que tendía un mantel de plástico en la pista. Con una extremidad superior sostenía a una criatura y con la otra trataba de ordenar sus mercancías.

Al contemplarla con más detalle, su piel blanca o trigueña clara, su cabello rubio, me pareció una chica hermosa. No tenía idea de cómo llegar a ella para armarle conversación. Tomé valor, puse mi mejor rostro y me dirigí a ella.

—Hola, buenas tardes. ¿Cuánto está?

—Ho...la, está a tres soles... dos por cinco, me respondió.

—Ahm, dame dos.

—Tome, muchas gracias, me dijo con una media sonrisa.

—Cuídese —alcancé a decirle mientras bajaba el volumen de mi voz.

Decidí tener un buen recuerdo de ella y tomarle fotografías mentales, mientras dejaba a mi mente plasmar hipotéticas utopías placenteras con ella. Interrumpí mi ejercicio mental cuando a lo lejos escuché una pequeña estampida.

—¡Vienen los Serenossss!, alguien gritaba.

Alcancé a verla, desesperada intentaba poner a buen recaudo la mercadería ofrecida, mientras seguía sosteniendo al bebé en brazos. Fue una buena oportunidad para acercarme a ella.

—Permita que le ayude —la socorrí.

Ella quedó asombrada ante mi propuesta, me pareció que esbozó una sonrisa forzada. Aproveché para recoger todos los juguetes que conformaban su mercadería y doblé el plástico que los mostraba.

—Te voy ayudar a llevar tus productos, dime hacia dónde.

—Está bien, vamos hacia el parque Cánepa.

Le aconsejé que no se apurara para pasar desapercibidos, y que entrásemos a una galería para acortar camino y no estar en medio de la estampida. Iba delante de ella, pero siempre volteaba a verla para detenerme en caso que ella quisiera descansar. Al llegar al parque, nos sentamos en una banca.

—Ahora vengo, voy a comprar algo de tomar —le dije.

Ella quiso decirme que no era necesario, pero me apresuré para no darle la oportunidad de hacérmelo saber. Compré una botella de chicha y retorné tan pronto pude. La encontré revisando y contando sus juguetes. Al percatarse de mi presencia, levantó la mirada.

—Toma —le extendí la botella.

—Creo que no es necesario, disculpa —rechazó mi ofrecimiento.

—No te preocupes, me sentiría mejor si no rechazas lo que te convido.

—Está bien.

—También toma esto —le dije, mientras sacaba de mi mochila, mi táper con algunos emparedados triples.

—Ay, eso ya sería demasiado.

—Jajajaja, no te preocupes por eso, le dije.

Ella aceptó dos triples que le di. La observé mientras comía y bebía. Era bonita, de eso no cabía duda. Tenía la piel tersa, el cabello sedoso y un rostro hermoso. El talle de su cuerpo era contorneado. Esperaba que fuese una madre soltera y sin compromiso, de lo contrario tendría que pedirle disculpas y retirarme lo más pronto de ahí. No me agradaban las mujeres comprometidas, ni quería relacionarme con ellas, esa actitud era parte de mi código y política de vida. Mientras estaba en mis adentros, percibí su mirada.

—¿No te vas a sentar? —me preguntó.

—Ahmmn... supongo que sí.

No sabía qué decirle. El haber pensado en su belleza y su estado civil, me había puesto nervioso, qué roche, me dije.

Nos callamos un momento.

—¿Te pasa algo? —me dijo. Así rompió el témpano.

—Perdón, es que me he puesto nervioso.

—¿Por qué? Supongo que es por mí.

—Digamos que sí —respondí, intentando sonreír.







—Entonces, ¿nos presentamos?

—Este... Me llamo Jean. Disculpa por lo de antes.

—¿De qué?

—De repente pude haberte incomodado.

—No. ¿Entonces a qué vino tu ayuda?

—Eh... bueno, me gusta ayudar a los demás.

—¿Solo eso? —preguntó sorprendida.

—Es que también me pareces bonita.

—Jajajajaja, soy Lizeth, y este cosito se llama Luciel —me dijo, mientras levantaba su bebe hacia mí.

—Se parece a ti —alcancé a decirle.

—¿Y qué hacías por aquí? —preguntó ella.

—Estaba comprando mis bividis y medias, hasta que te vi —decirlo hizo que me sonrojara y bajase mi mirada.

Ella, halagada por mis palabras, volvió a reír. Supuse que entraríamos a otro momento incómodo de silencio en el que tendría que agilizar mi mente para encontrar la manera de cambiar de tema. Cada segundo era un recordatorio de la pregunta que no pude hacer y me

martilleaba la cabeza con frases cacofónicas. ¿Era Soltera?, me preguntaba. No sabía qué más decirle.

—Disculpa, sé que suena muy atrevido o no sé. ¿Me permitirías invitarte a comer? Si gustas, claro. Quisiera conocerte un poco más.

No escuché respuesta alguna. Por más que agudizaba mis oídos, no escuchaba nada. Enseguida acomodó a su bebe para darle de lactar. El silencio me invitaba a retirarme, cuanto antes. Aquel silencio avalaba una negación y rechazo. Sin medir el tiempo, me puse a revisar mi mochila para asegurarme de que nada me olvidaría al retirarme. Cuando me levantaba, con la intención de alejarme, ella me detuvo sujetando el borde de mi camisa. Aunque no me miraba, me indicó que espere. Eso hice.

Debieron de haber transcurrido unos diez minutos luego que ella terminó de dar de lactar al bebé. Durante ese lapso de tiempo, ambos seguíamos sin dirigirnos la mirada y en silencio. De pronto sentí que sus dedos tiernos jugueteaban con los míos. Cogí sus manos. El calor de su piel penetraba mi epidermis. Ella intentó incorporarse, pero sin soltarse de mí.

Me apresuré a ponerme de pie y a recoger su mercadería y otra vez sostuve sus manos. ¿Debía quedarme y gastar mi poco dinero invitándola a comer? ¿Debía dejarla ahí y marcharme? Ya no había vuelta atrás. Detuve un taxi y partimos con dirección a un buen restaurante, no muy lejos de Gamarra.

El trayecto resulto algo lento debido al tráfico y porque además era casi la hora punta. Transcurrido no más de treinta minutos, el taxi se detuvo en un establecimiento de ventas de comida criolla. Al entrar sentí que estaba fuera de lugar, pues no me había percatado de su vestido sencillo inadecuado para ese lugar, eso incomodó mi orgullo. Al llegar el mesero nos entregó la carta.

—Puedes pedir lo que gustes —me adelanté.

Ella se quedó sin palabras, al menos hasta que llegó el mozo a recoger nuestros pedidos. El tiempo no se detuvo. Cuando llegó la comida, aún eran pocas las palabras que nos dirigíamos. Al término de la comida, Lizeth se puso de pie y se dirigió al baño. Pensé: me marchó y le dejo dinero. Estuve a punto de hacerlo, pero

desistí. Cuando regresó, no quería verla los ojos.

—Te llevaré a casa —le dije.

—Jean...

—Dime en qué distrito queda tu casa y no te preocupes por lo demás, le dije.

—Es que siento que ya es demasiado, me respondió.

—Me gusta ayudar, solo es eso.

—Está bien... es en SMP.

Salimos esta vez sin cogernos de las manos. Paré un taxi sin mediar el precio y le dije el destino. Luego de un buen tiempo, la oí decirle al chofer la dirección donde nos dejaría. Una pequeña risotada del chofer, debido a que le pedí una rebaja, despertó dudas sobre lo que estaba haciendo. Mientras el auto se desplazaba, miraba el paisaje limeño hasta que sentí un pequeño peso que se apoyaba en mi hombro. Las dudas sobre mi proceder seguían aflorando. Su agradable compañía me invitó al sueño. El llanto de su bebé me despertó. Frente a mis ojos varios edificios de dos a tres pisos se mostraban imponentes. Quise despedirme de ella y decirle al chofer que me dejase en una estación

del bus más cercana, pero ella me hizo señas para bajarme.

—Gracias por todo, Jean, quisiera agradecerle de alguna forma por lo que me ayudaste y me invitaste —me dijo en cuanto estuve cerca de ella.

—Como te comenté antes, me gusta ayudar a los demás.

—Entiendo, aunque para ti soy una completa desconocida y tengo un hijo... Gracias, fue demasiado.

—No te preocupes por esos detalles, le dije.

—Quisiera invitarte a pasar a mi cuarto y conocerte más, me dijo.

—Esta vez me toca decir a mí, que sería demasiado, no quisiera ser grosero, pero podría haber otra oportu...

Ella se acercó hacia mí con su bebé en brazos y me besó. Fue un corto e intenso beso.

—Por favor, toma mi número —me dijo Lizeth.

Saqué el celular de mi bolsillo y tomé nota. Cruzamos las miradas.

—Espero que me llames pronto. De nuevo, gracias por lo de hoy, fue bonito, me dijo.

—Cuídate mucho, Lizeth.

—Adiós Jean.

—Adiós.

# Yanapuma

**E**n cierta parte de los bosques del Abujao, los madereros establecieron su campamento. Había muchos trabajadores ocupados en sus respectivas labores, de todos ellos, uno sobresalía por el extraordinario desarrollo de su olfato. Él era el guía nativo que había contratado el capataz para explorar el bosque.

El aborigen estaba inquieto, sintió el lugar tenso y demasiado calmado. De inmediato fue a darle cuenta al capataz, transmitiéndole su preocupación y la posibilidad de estar en territorio del Yanapuma; pero el aludido se burló de él, enfatizando que se trataba de supersticiones baratas de los lugareños y recordándole que todos ellos portaban carabinas, para matar a cualquier felino.

Las palabras del capataz no calmaron la preocupación del nativo, por lo que escogió una lupuna lo suficientemente alta para resguardarse en la noche. En la medianoche, cuando todos los madereros estaban dormidos, en sus respectivos mosquiteros, él oyó el sonido que más temía: Ohmmm... Ohmm..., cada vez más cerca.

Aunque no pudo divisar la silueta del sobrenatural animal, escuchó con claridad el crujir de los cráneos al ser destrozados. Lo más pronto que pudo, tensó su arco puso una flecha y apuntó hacia suelo, tan pronto se detuvo todos los sonidos del crujido.

El Yanapuma apareció campante, lo miró y se preparó para atacarlo. El aborigen no esperó más, soltó la flecha apuntándole en aquel talón de Aquiles que poseía este misterioso animal, una mancha blanca en el cuello. A la distancia, bajo la luz de la luna, oyó el sonido del cuerpo inerte que golpeaba el suelo.

Al bajar de la Lupuna, antes de retirarse, se dispuso a recoger todas las carabinas que podía cargar, tratando de no mirar las cabezas abiertas sin sesos de cada uno de los madereros.







Luego de caminar un buen trecho, llegó a un claro del bosque. Múltiples pares de luces amarillas se encendieron en todos los límites del claro. El Aborigen recargó una de las carabinas.



# La caminata del lagarto

**L**a luminosidad del sol que caracteriza a la Amazonía, retrocedió ante el avance espectacular de la oscuridad nocturna de Pucallpa. Javier había salido apresuradamente de su casa con destino a la de su suegra. Una neblina espesa penetraba todo rincón de las casas del barrio, también invadía la calle y el cementerio adyacente.

Extrañamente, en esa noche, sentía un temor injustificado mientras cruzaba el callejón oscuro hasta la pista asfaltada de la Carretera Federico Basadre, pero prosiguió. Apenas podía distinguir un radio de casi 2 metros cerca de él, por eso evitó transitar por la carretera afirmada que tenía muchos huecos y caminó por la vere-

da de cemento, apegándose contra el muro del cementerio con dirección hacia su destino. A pesar que cumplía su rutina diaria, como todas las mañanas, tardes y noches, nunca conseguía memorizar cuántos pasos de distancia recorría cada día, entre su hogar y la pista asfaltada de la carretera principal de Pucallpa, por lo que el recorrido le resultaba muy largo y misterioso.

Cuando vio dos luces parpadeantes, detrás de la carretera, supuso que la panadería Carmela estaba todavía abierta y encendida su publicidad; ahora que ya calculaba la distancia entre el borde del cementerio y la carretera, decidió ir al otro lado; pero, antes tenía que arriesgarse a cruzar la canaleta que seguía el curso de la carretera, y que se desbordaba cuando la lluvia era intensa. La corriente, en muchas ocasiones, arrastraba serpientes y carachamas desde no se sabe de qué lugares procedían.







Se apresuró, sin llegar a correr, por miedo a tropezarse con la estatua del Hombre Grande, que adornaba la berma central y dividía en dos a la carretera principal de ingreso a la ciudad.

Cuando estaba en medio de la segunda pista, de pronto, escuchó un grito de alarma: “¡Salgan de la pista!, ¡agáchense y escóndanse!”. Javier se echó al suelo, cerrando sus ojos, no le dio tiempo para poder ocultarse en otro lugar. Recordó lo que siempre repetían los pobladores, sobre la niebla que cubría todo el lugar, y que solo se despejaría de forma horizontal a lo largo de toda la carretera. Quién sabe hasta dónde, nadie en su sano juicio quería averiguarlo, los pocos que habían intentado averiguarlo, habían desaparecido, sin dejar rastro alguno.

Escuchó pasos, parecía que se arrastraba una criatura. Creyó percibir su cansancio y sed, por eso contuvo su aliento y pensamiento. Toda la ciudad se refería a ese ser o criatura como el Lagarto Sediento. Las autoridades no investigaron, porque consideraron que era una leyenda urbana.

Dicen que en similares situaciones climáticas la gente no cruzaba ni la pista ni el callejón, para evitar toparse con el fulgor del brillo de los ojos de la criatura, porque al cabo de un breve tiempo, se volvían locos o desaparecían.

Javier pensó que eran tonterías y que no debería de creer en eso, pero seguía agazapado contra el suelo. Esos sonidos, que parecían pies arrastrándose, no terminaban; sin embargo, de pronto todo quedó en silencio. Se preguntó, dónde están las voces avisando que la seguridad está de vuelta y que podía levantarse para proseguir con normalidad. Al levantarse, calculó el oeste después de recordar cómo se arrojó al piso. Caminó hasta reconocer el borde de la pista, para luego empalmar con la siguiente avenida, con dirección al distrito de Yarinacocha.

Decidió olvidar el incidente, considerarlo una graciosa anécdota. Su cuerpo automáticamente fue avanzando hasta el lugar que había calculado. Su instinto le obligó a girar su cabeza hacia su izquierda, el ser que había salido de la canaleta natural estaba ahí, y lo miraba.

# El perro del túnel

**J**avier colgó el teléfono, después de la recomendación que le dieron sus amigos, para llegar cuanto antes a la reunión por el cumpleaños de su jefa. Subió a su auto, para ir a la fiesta, como decía él. Al cabo de un tiempo, llegó a una parte del trayecto donde tomaría una decisión: elegir la ruta corta o la ruta larga. En la primera opción, la ruta corta, tenía que pasar por un barrio de mala muerte, frecuentado más que todo por delincuentes y drogadictos; mientras que la segunda opción, la ruta larga, ofrecía cruzar el cerro a través del túnel que ya nadie usaba, por las malas condiciones del lugar.

Por el temor de ser asaltado, Javier decidió ir por la ruta larga. Le tomó bastante tiempo rodear la zona e ir hacia el cerro.

Cuando estuvo a cinco metros del túnel, sintió un escalofrío en su pierna izquierda. Aún así continuó su camino. Fue entonces que, en medio del trayecto, dentro del túnel, empezó a oír el llanto lastimero de un perro.

Al salir del túnel, algo extraño le hizo detener su avance. Bajó del auto, volteó hacia el lugar que le atraía sin razón alguna. Un perro venía arrastrándose, tenía la mitad de su cuerpo. No podía mover, avanzar, retroceder o girar hacia alguna otra dirección, su cuerpo estaba paralizado. Sin embargo, en un último esfuerzo que hizo, cayó sobre su trasero, pero sin apartar su mirada del extraño ser.

El perro siguió acercándose... De pronto, cerró los ojos, y... sintió que algo le lamía la mano. Al intentar ver de nuevo todo quedó en blanco.

Cerca del túnel, mientras se oía el ulular de la sirena de una ambulancia, varios patrulleros estaban detenidos frente al accidente de un auto que había chocado un poste. El fallecido tenía la mano enredada en los cables del poste.





# La pampa

**U**n día, no cualquier día, la niebla cubría toda la trocha (camino a tajo abierto). En todo ese espacio no habían casas, menos postes de alumbrado eléctrico, solo plantas y más plantas. Luego de bajar del auto colectivo, que me trajo del centro de Pucallpa, tenía que recorrer una distancia aproximada de un kilómetro, y que comprendía desde la carretera Federico Basadre, en el kilómetro diez, margen derecho, hasta mi casa. Evitaba transitar la trocha en las noches, ya que temía a la oscuridad, y acercarme a cualquiera de las tres lagunas medianas que estaban localizadas en el costado izquierdo del camino. En el lado derecho estaba la pampa, invadida por la alta hierba y una canaleta que servía de salida del agua de lluvia hacia la canaleta principal de la carreta Federico Basadre.

Seguí caminando y contemplando las nubes. A mitad del camino, descubrí un brusco movimiento entre la hierba silvestre de aproximadamente un metro de alto (la altitud máxima a la que crecían era en promedio de dos metros). ¿Qué será?, me dije, pero no me atreví averiguarlo.

Llegué a mi casa. Estaba de mal humor, no me interesaba nada, sólo pensaba en volver con mi ex enamorada, y pasaba mi tiempo recriminándome por haber perdido a Alaciél, una hermosa chica, que alegraba mi existencia. Almorcé solo porque mis padres no llegaban. Me puse a leer un libro, es mi hobby, pero no podía concentrarme, ya que recordaba el movimiento que descubrí en esa pampa.

Eran las cinco de la tarde, me dolía la cabeza y estaba aburrido. Salí a dar una vuelta frente a la vereda de mi casa, para tomar aire; todo el parque del condominio estaba en silencio. Decidí ir a la pampa, a la altura del medio de la trocha, quería asegurarme de “algo” y beber un Powerade para recobrar energías.







Después de ocho minutos de caminar, por fin llegué; el canal natural me impedía el paso, tuve que saltarlo. En esa parte la hierba estaba muy alta, ya tenían un metro y medio, me pareció extraño. Comencé a recorrer el lugar, durante un buen rato, sin encontrar nada.

Algo rugoso raspó mi nuca. “¿Qué pasa?”, me pregunté asustado. Me rodea la hierba silvestre, “tal vez la pampa esconde alguna criatura salvaje”, me respondí. Pensé que esa cosa o criatura sería astuta, o tal vez su instinto la mantenía oculta.

Salí del lugar. Me dirigí a la pista para ir al centro de Pucallpa a comprar una linterna. Tenía poco dinero, por eso buscaría la más barata entre las ferreterías que quedan en la avenida 7 de Junio, pues no me preocupaba volver tarde a casa.

Después de encontrar una linterna a un precio cómodo, decidí descansar un rato. Me había quedado dormido en la plaza de la ciudad. Contemplé mi reloj, marcaba las ocho y media, era tarde. Me levanté de la banca bostezando y caminé unas tres cuadras para tomar un auto. Saludé al chofer, él me dirigió

una mirada interrogadora, luego me devolvió el saludo.

Aún no quería ir a mi casa, le dije al chofer que se detuviera, me bajé del auto, eran las nueve de la noche. Fui a visitar a una compañera para que me preste un libro. Mientras me dirigía a su domicilio escuché un sonido, un poco tenebroso. Debe ser el viento, pensé.

Llegué a su casa, ella estaba sola.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Eh, nada, solo pateando latas —respondí.

—Eso no es novedad —dijo ella.

—Sí, ya lo sé —contesté.

—Mmm... ¿tienes algo más que decirme? —preguntó ella.

—Ah. ¿Qué piensas de esa pampa que está cerca de mi casa? —pregunté.

—¿Por esas hierbas? Pienso que no es pampa, debería haber humedad —respondió

—¡Pero yo entré y estaba seco! —le dije.

—Mira, tengo sueño, chao —dijo antes de bostezar.

—Ah, ok, vale, malas noches —le dije, mientras me retiraba.

Subí a un auto para ir a casa, eran las 9:20 p.m. Cuando llegué a mi destino ya era muy tarde, eran casi las diez de la noche.

Había luna llena. Contemplé el camino que iba a recorrer. Cuando cruzaba la trocha, cerca de la primera laguna, sentí escalofríos, mi corazón empezó a latir fuertemente. Grité a mi mascota, un perro siberiano, para que se apure (él siempre venía a mi encuentro ladrando). Sentí temor por él, ya que todavía era un cachorro. Aceleré mis pasos y comencé a correr.

Algo se movía entre la hierba, me quedé sin respiración, pero no me detuve, y seguí corriendo. Nuevamente sentí la extraña presencia, busqué con la mirada entre las hierbas, quedé atontado al descubrir dos luces o dos ascuas que venían tras de mí. Aferré mi linterna con fuerza y sin darme cuenta me golpeé el muslo con ella. El dolor me hizo reaccionar, me di cuenta que ya me había alejado de la trocha.

Llegué como un loco a mi casa, y cerré la puerta. Desde la ventana intenté identificar al sospechoso o a la criatura. No descubrí nada, nadie me seguía. Huan vino hacia mí, moviendo la colita, lo abracé (mis padres seguían durmiendo).

Me duché, comí algo, y le di la cena a mi perro. Mis padres me decían que Huan tenía que estar afuera, siempre me negaba, pero terminaba desalojándolo de mi cuarto; ahora era diferente, decidí que Huan se quede en mi cuarto.

Durante la noche no pude conciliar el sueño, después de un buen rato me quedé dormido. Huan no estaba cuando desperté. Eran las 2:47 a.m., me puse un buzo térmico y decidí salir a buscarlo.

El frío penetraba mis huesos y la neblina me impedía analizar la pampa desde lejos. El miedo comenzó a dominarme. Me golpeé el muslo con la linterna para darme valor y seguir avanzando. Llegué a la pampa. Gritaba el nombre de mi perro: ¡¡¡¡Huan!!!!

Escuché un ladrido lastimero, me alegré, estaba seguro que era él. La pampa estaba húmeda, debía ser por el rocío o la neblina. Caminé durante 15 minutos sin lograr encontrar el paradero de Huan. Cuando estaba a punto de salir de la pampa, mi cuerpo dejó de moverse al presentir que “algo” estaba detrás de mi espalda. Me mordí el labio inferior y comencé a correr en dirección a la trocha.

Corría con dificultad, ya que esas hierbas tupidas me impedían continuar. Me detuve para tomar aliento. Contemplé el suelo. Cuando alcé la mirada descubrí unos furiosos ojos amenazadores de color anaranjado, y unos colmillos poderosos que paralizaron mi cuerpo. La criatura, que estaba erguida, se parecía a un zorro negro. Pensé que todo era un horrible sueño. Arranqué la mala hierba y con sus espinas me hice varios cortes en el brazo izquierdo, pero nada, no era un mal sueño y además continuaba en la pampa; sin embargo, la criatura ya no estaba. Todo había transcurrido en 10 eternos segundos. Aliviado, reanudé la búsqueda de mi mascota.

Una sombra emerge de la nada, salta sobre mi cuerpo, lo evade, pero logra morder mi zapatilla de cuero del pie izquierdo, haciéndome perder el equilibrio. Le golpeo con la linterna para que me suelte. Escucho los ladridos de Huan que se acerca, sus pelos estaban mojados. La criatura me suelta, se dirige hacia mi perro. Huan está listo para atacarlo, justo en ese momento se escucha un horrible grito que surge de la laguna más grande; es tan tétrico que la criatura, mi perro y yo no nos movemos

durante casi treinta segundos. Luego la criatura comienza a desvanecerse. Me mira como diciendo que volvería a buscarme en otra ocasión. Me levanto, cargo a Huan y me retiro de la pampa.

Contemplo las lagunas, me pregunto qué habrá allí....



# Un susto en el campamento

**A**ntes de empezar con mi curiosa historia, debo decir quién soy: me dicen Tyrell; y, aclaro, por si me han visto en la web, soy member en el chat de Escalofrío. Bueno, les cuento lo que me pasó. Teníamos que ir de campamento al bosque del Macuya que está en la Amazonía peruana, cerca del río Ucayali, afluente del Amazonas; para investigar los tipos de árboles.

Salimos por la madrugada. El bus de la Universidad Nacional de Ucayali nos dejó en el km 86 de la Carretera Federico Basadre. Recorrimos a pie algunas pequeñas colinas, casi dos horas antes de alcanzar nuestro objetivo.

Llegamos agotados, cargando sobre nuestras espaldas con todo lo necesario, que, por cierto, les diré que entre el machete, la linterna, la comida enlatada, los utensilios, zapatillas y botas, ya constituían una carga pesada; sin embargo, nuestra curiosidad era ilimitada, pues teníamos grandes deseos de explorar el lugar.

El ingeniero, responsable de la asignatura, nos dice que iremos al bosque después de almorzar y de acomodarnos en nuestros respectivos dormitorios; cada habitación tiene tres camarotes. Tres grupos nos separamos para ir al bosque. Todos salimos con las botas, machete en la cintura y el cuaderno en la mano, prestos para realizar nuestros importantes apuntes.

Después que penetráramos la selva enmarañada, mi grupo era el tercero, observando detenidamente los respectivos árboles, anotando sus propiedades y cualidades, nos topamos con el primer grupo. Mientras nos cruzábamos logré oír comentarios nada agradables sobre la Cueva del Diablo, precisamente hacia donde nos dirigíamos. Me pregunté si era alguna pequeña gruta o cueva escondida en alguna parte de las colinas.





Cuando llegamos, supuestamente, a la Cueva del Diablo, casi todos los integrantes del segundo grupo estaban presentes. Quedé algo confuso, ya que el lugar no era cueva ni gruta, sino un viejo árbol de renaco. Sus raíces se alzaban del suelo aproximadamente 1,50 m. Eran tres grupos de raíces separadas, a manera de unos terribles dedos engarfiados sobre la tierra. Parecía que la madre del monte había dispuesto las raíces en forma de paredes, y con una caprichosa entrada invitaba a hombres y animales a penetrar en su interior para encontrar refugio en su entraña. Entonces, aproveché la circunstancia para infundir miedo en los corazones de mis compañeros. Les digo a todos que si ingresan sentirán escalofríos y algo malo les sucederá en el instante o poco tiempo después. Muchos se asustaron, otros simplemente sonrieron.

Recordaron viejos relatos de sus abuelos sobre el legendario renaco y los demonios amazónicos. El mismo árbol alimentaba nuestro miedo por su rara y escalofriante forma. El tronco parecía el retorcido esqueleto de un malvado centímano, y sus raíces llegaban hasta un pequeño árbol de caoba para abrazarlo,

estrangularlo y asfixiarlo. Algunos estudiantes, fascinados por la visión, comenzaron a cruzar por debajo del árbol. No sé cómo ni en qué momento me uní a la procesión y me vi cruzándolo, encorvando la espalda, sorprendiéndome por mi temeraria acción.

Oigo una voz que se dirige a mí:

—Yo he cruzado, sin haberme enterado antes de lo que has hablado —dijo Nadia, mi compañera de clase, muy preocupada.

Antes que responda, ya se había formado un pequeño grupo a mi alrededor. De ella surge una pregunta.

—¿Qué crees que pase, Ángel? —preguntó Jhony.

—No, promo, yo ni loco lo cruzo, tengo miedo —interviene Patrick, interrumpiendo mi respuesta. Él fue uno de los pocos que no quiso aventurarse, a pesar de las burlas.

—Prefiero no averiguarlo —les digo—. Bueno, crucemos de nuevo —les invito. Algunos me imitaron. Volví a sentir el mismo escalofrío recorrer mi cuerpo.

Después de retornar al campamento, inmediatamente nos dirigimos a las duchas. Lue-

go a cenar. La noche nos había sorprendido. Abandonamos los bungalós para refrescarnos en la intemperie. La idea era prender una fogata en el centro del campamento, pero ninguno fue capaz de hacerlo, entonces nos sentamos sobre unos troncos cortados que estaban esparcidos o apilados cerca de los bungalós. Mis compañeros sacaron de sus bolsillos cigarros. Conversaban y fumaban hasta que terminó de consumirse la última colilla.

Tuvieron que conformarse con los mapachos que trajo Patrick. Me invitaron uno, pero no acepté, diciendo que no fumaba. Un compañero se molestó y me puso el mapacho en la boca, al darse cuenta sobre mi tozuda negativa, retira bruscamente el cigarrillo artesanal y al mismo tiempo empieza a sonreír de mala gana. Otro compañero se pone frente a mí y me hecha una bocanada de humo en el rostro. Otros comenzaron a imitarlo, pero haciendo muecas cómicas. No pude contener la risa y lancé una escandalosa carcajada que contagió a los presentes.

Al volver a los dormitorios, me di con la sorpresa que me habían quitado mi almohada y frazada. Resignado subí a mi camarote y me

tapé con la toalla. Un grito desgarrador quebró mi apacible sueño. Escuché la voz de Jhony convocando a una reunión en la sala.

Bajo presuroso de mi camarote y me dirijo al lugar de la reunión. Encuentro a un grupo de estudiantes que está rodeando a Jhony.

—Oye, Ángel, sí que era verdad —me dice Jhony.

—¡Diablos, qué verdad! —pienso— No entiendo.

Entonces me cuenta que a Nadia le había sucedido algo extraño. Me dice que ella se había metido a uno de los dormitorios de hombres y durmió en el segundo piso de uno de los camarotes, y nadie se había dado cuenta. Cuando despertó se sorprendió, no sabía cómo había llegado a parar allí.

Ella bajó tambaleando, y se dirigió al dormitorio de mujeres acompañada de un estudiante.

En el momento que ingresa al cuarto de las chicas, su acompañante se retira. El ruido que produce Nadia, en el cuarto oscuro, despierta a las demás chicas. Ante su presencia ellas gritan



y salen corriendo del dormitorio. Ellas habían contemplado en la oscuridad dos terribles ojos rojos, y por eso se asustaron.

La mayoría de mis compañeros estaban congregados en la sala principal. Ellos no querían volver a dormir en sus dormitorios pues todos tuvieron pesadillas. Yo no sabía qué hacer, así que amanecí en vela como los demás.

A la mañana siguiente, casi nadie quería acercarse a Nadia, solamente algunos de sus amigos le dirigían la palabra. Ella estaba como perdida y no entendía lo que había sucedido. Voy donde ella y le pregunto si recordaba lo sucedido en la noche. Ella me dice que no recordaba nada.

No sé por qué, me pongo a pensar en el mapacho, ya que dormí sin sobresaltos. Tal vez las bocanadas de humo que me echaron los muchachos tiene algo que ver. Si es que los mitos que leí y las historias que me contaba mi abuelo sobre el poder del tabaco son ciertas: el humo del mapacho sirve para alejar a los espíritus. ¿Es una coincidencia?



# El site del horror

**E**n una noche tormentosa, de espectaculares rayos, una chica adolescente (Tatiana)

entró al chat. Sus amigos no estaban en línea, pero siguió navegando en la red.

Intempestivamente su computadora se apagó sola. Tatiana, molesta y sorprendida, trató de prenderla de nuevo, pero su compu no respondía.

Cuando menos lo esperaba, se prendió. “¡Qué contrariedad... es otra página!”, se dijo, molesta.

El site desconocido le llamó la atención, lo cliqueó. Entonces, apareció una espantosa e indescriptible imagen que golpeó la pantalla.

Tatiana se asustó y cayó aparatosamente de la silla. Ese extraño ser le preguntó:

“¿Cómo te llamas?, ¿dónde vivís?”. Asustada, Tatiana respondió: “¡No lo sé, no lo sé!”. Una tenebrosa y airada voz llenó la habitación, y dijo: “¡Te observo...!”. Inmediatamente las luces se apagaron.

Al día siguiente cuando ingresaron sus padres al cuarto de Tatiana, forzando la cerradura, descubrieron un cuerpo con el corazón arrancado, y la pantalla rota de la PC.



